

## EL GUSANO DEL HAMBRE

Cuando a mi padre le arrasó la pierna la gangrena y se le acabó el menudeo del estraperlo, en casa no entraba más jornal que el de las labores de costura que las vecinas le encargaban a mi madre, más por lástima que por necesidad. Así que cuando cumplí diez años me sacaron de la escuela y me mandaron a servir a casa de una prima segunda, casada con un alférez con ínfulas de mariscal, que me pagaba con el sustento y dos reales a la semana. Los domingos, después de misa, me liaba en papel de periódicos una naranja y dos piezas de un pan tan duro que sólo era posible tragarlo desmigajado sobre la leche o la sopa. A veces me daba un par de huevos que mi madre habría de desmenuzar y espurrear dentro del caldo de algarrobas sobrante del mediodía. Pero eso no era siempre, y no siempre había para cenar. Mi prima lo metía todo en una talega —naranja, pan y huevos— y me subía a un tranvía que me dejaba a unas cuantas calles de mi casa.

En el trayecto, iba leyendo el periódico que envolvía las viandas, sin deshacer el paquete. Le iba dando vueltas en mis manos, desmigajando las noticias, sin importarme quedar a medias y sin entender a veces el lenguaje de los adultos. Leía por el puro placer de que las letras resonaran en el interior de mi cabeza; luego llegaría mi interés por las historias, pero entonces la vida, al menos así lo recuerdo, eran noticias inconclusas y fragmentadas por el doblez del hatillo, biografías por hacer, existencias sin término. Era muy imaginativa; una niña capaz de urdir en su cabeza las más extrañas realidades. Cada domingo, y justo antes de entrar a mi casa, al oler el guiso de cardos y algarrobas con que mi madre aderezaba el

almuerzo, fantaseaba con que el tufillo que desprendía la cocina no era de algarrobas guisadas, sino de pollo en salsa de almendras y osobuco de buey con salsa de castañas y menestra, que es lo que mi prima y su marido el alférez decían haber comido una vez que estuvieron en Madrid.

Entraba en la casa y me encontraba ya la mesa puesta, con mi padre pellizcando una guindilla. Desde que perdió la pierna, se había vuelto huraño y a veces ni siquiera levantaba la vista cuando me acercaba a besarle en la mejilla. Mi madre me sonreía desde el hornillo y me pedía con la mirada que me sentara. Se acercaba con la cacerola, la dejaba en la mesa y me abrazaba con sus manos siempre frías mientras yo enterraba mi cabeza en su regazo. Olía a fresco. A limpio. Luego iba sirviendo los platos uno a uno. Algunos domingos flotaba media docena de garbanzos en el caldo y en otros era posible distinguir el reflejo de la pringue de un trozo de tocino invisible y alguna patata no más grande que un huevo, pero la mayoría de las veces era el caldo huero o a lo sumo una sopa de agua adonde habían ido a naufragar dos cogollos de cardillo y una hojita de hierbabuena. Mi madre sacaba las dos piezas de pan de mi talega y las distribuía en los tres platos para darle consistencia de sopeado al agua caliente. Mi padre desmenuzaba media guindilla sobre su plato, removía con la cuchara y sorbía. Esa era la señal; mi madre indicaba con la cabeza que cogiera la cuchara y comenzábamos a tragar hasta rebañar la última miga.

Un domingo, cuando acabábamos de comer, tocaron en la puerta. Dos veces seguidas, tan despacio que al principio pensé que alguien llamaba en una casa vecina. Tosió y entonces supimos que había alguien en la entrada. Mi madre, desde la pila donde fregábamos los platos, y sin saber aún quién era, le pidió que pasara.

Apareció la señorita Adela, la maestra que me había enseñado a leer y a escribir mis primeras letras. Una mujer espigada y escualida que no comía todos los días, pues no le daba lo que sacaba por las clases más que para comer en días alternos. Andaba muy desmejorada desde la última vez que la vi, que fue cuando mi madre me sacó de su escuela para ponerme a servir en casa de mi prima. Mi padre diría después que la señorita Adela debió oler el guiso de algarrobas que nos acabábamos de terminar y entró a ver si le caía algo, siquiera las migajas del pan o el poso de tizne de la cacerola.

—Has crecido mucho, Elvirita — señaló mi maestra.

Yo asentí y me fui a retirar los platos. No había pasado tanto tiempo, pero era cierto que había crecido. Desde la última vez que la vi, hube de descoser al menos una vez el dobladillo de mis faldas, pero lo que realmente me indicó que el tiempo, poco o mucho, había pasado de verdad fue encontrar demacrada y ojerosa a una mujer que yo recordaba hermosa y alegre. Parecía como si la vida le hubiera echado encima otro cuarto de siglo a su medio siglo. Creo que hasta mi madre se espantó y, mientras pasaba un trapo por la mesa, le dijo que acabábamos de comer.

— ¿Usted ha comido, Adela? —preguntó.

—Sí, señora. Los domingos como temprano —remató mientras esbozaba una sonrisa que marcó más aún la escualidez de sus gestos.

Mi madre asintió y se fue a la cocina. Mi padre la siguió con la mirada. Tosió. Se palmeó con fuerzas el muñón de la pierna y murmuró algo que no entendí. Se balanceó apoyado en la muleta, sin levantarse, y volvió a soltar aquella tos de perro que acabaría por rematarle el humor. Mi madre llenó de agua una cacerola, la acercó al fuego y echó a hervir los dos

huevos que mi prima había puesto en la talega. Luego volvió al comedor, arrimó una silla a la mesa y se sentó junto a la señorita Adela.

— ¡Ea! —dijo mi madre —, pues dígame a qué debemos su visita.

—Está muy grande Elvirita —repitió.

Mi madre me miró y pidió que me sentara entre ella y mi padre. Arrastré una silla y mi padre carraspeó y tamborileó sobre la mesa. Sacó la picadura y se lió un cigarro. Yo me saqué la bola de papel de periódico del mandil, lo puse sobre la mesa, lo alisé y luego presté atención a lo que vino a decir la señorita Adela.

—Creo que es una pena que se pierda su talento para siempre —dijo al fin.

Se volvió hacia mí y luego hacia mi padre, y entonces pude ver todo su desvalimiento, la melladura con que el gusano del hambre corroe no sólo a los cuerpos sino a ese reducto del hombre que es su alma. La de doña Adela se le había salido ya de su materia y vagaba en algún limbo; se le había escapado con la última punzada que le dio su estómago vacío y ahora era ella toda un alma en pena, un ánimo hecho piltrafas y reducido a un cuerpo gastado y a unos ojos que rehuían a nuestros ojos, perdidos en alguna lejanía y temerosos de volver.

—Tiene mucha imaginación —continuó—. Debería completar sus estudios...

—Con la imaginación no se come —interrumpió mi padre.

—No podemos pagarle, Adela —medió mi madre, incómoda por el tono con que mi padre había interrumpido la conversación —Apenas nos da para comer a diario.

—Yo no necesito nada. Podría venir los domingos por la tarde para seguir enseñándole letras a Elvirita. A mí no me cuesta. Me acercaría después de misa.

Mi madre no dijo nada, se levantó, se acercó hasta la hornilla y desde allí me llamó para ayudarlo. Yo me había quedado absorta en las fotografías del periódico, procesando lo que estaba viendo y oyendo, como si no hablaran de mí, sino de un ente ajeno a todos; hablaban de mi educación y sin embargo yo sólo veía hambre y necesidad, la pobreza más fiera haciendo mella en las voluntades, la lucha de mi maestra por seguir manteniendo la dignidad de su oficio.

Me levanté y acerqué a mi madre un plato para que depositara los dos huevos cocidos que enfriaba bajo el grifo. Llené una jarra de agua y la llevé hasta la mesa. Mi madre trajo los huevos, un cuchillo y un vaso, y me indicó que fuera a por la naranja que había sacado antes de la talega y que aguardaba en el poyete de la hornilla. Mi padre se removió en su silla. Arrojó la colilla al suelo y la aplastó con la punta de la muleta mientras expulsaba el humo por la nariz.

—No nos queda pan —dijo mi madre.

—No se moleste. Le dije que ya había comido.

Nos sentamos de nuevo junto a ella. Mi madre deslizó el plato por la mesa y le indicó con los ojos que comiera. Yo vi en mi madre aquella sonrisa leve con la que finalizaba siempre las discusiones. Esa forma dulce con que zanjaba los problemas y con la que desplegaba su autoridad. La señorita Adela también la vio, por eso cogió uno de los huevos, le dio unos golpecitos sobre la mesa, lo apretó con la palma de la mano y lo hizo rodar por el mantel hasta descascarillarlo por completo. Lo peló y lo mordió a

bocados pequeños, sin ninguna ansiedad ni prisa, como si al dar cada picotada de gorrión sintiera su dignidad más y más pequeña y unas ganas enormes de desaparecer, o como si en aquel acto sencillo y tan pocas veces repetido se le fuera el aire. Mi madre se disculpó, se levantó a terminar de fregar los platos y nos hizo una señal a mi padre y a mí para que nos levantásemos. Mi padre salió a la calle y después de un rato le oí chascar la yesca para prender otro cigarro. Tosió. Yo me quedé junto a la hornilla y desde allí la observé. La señorita Adela procedió de igual forma con el otro huevo y cuando terminó peló cuidadosamente la naranja y se la fue comiendo gajo a gajo, con una morosidad que parecía estudiada pero que ahora dejaba traslucir un deje de delectación, de gozo espiritual mientras la pulpa iba reventando su sabor en su boca. Creo que el dulzor le arreboló los carrillos de una belleza nueva y le brotaron dos lágrimas como dos minúsculos granos de sal. Bebió el vaso entero de agua, se enjugó los pómulos con el dorso de la mano y se perfiló apenas los labios con la servilleta. Luego hizo un montoncito con las cáscaras de huevo y otro con las mondas de la naranja y esperó sin girarse a que regresásemos de fregar los platos. Mi madre se sentó frente a ella y volvió a sonreírle.

—Tengo que irme —dijo mientras se levantaba. Señaló las mondas de la naranja. — ¿Puedo llevármelas?

Mi madre asintió y la señorita Adela se echó el montoncito en uno de los bolsillos de su bata.

— ¿Qué hacemos, Elvira? —preguntó.

Mi madre se levantó y se acercó al aparador. Abrió la puerta de arriba. Contó las cuatro vainas de algarroba, el cuartillo de aceite mil veces

frito, la lata mediada de achicoria, el vacío enorme. Y en la hornilla, la cacerola del agua turbia para la cena de esa noche. Sin huevos.

Se volvió. Miró el periódico donde yo intentaba desentrañar mis primeras historias y luego me miró a mí. Y le vi en sus ojos lo que pensaba. Para el domingo habría dos mendrugos que echar a la sopa y una naranja. Y un par de huevos si había suerte. Mi padre, que entró arrastrando el dolor de la pierna que ya no tenía, también lo vio, y movió la cabeza, y renegó, y al fin se acercó hasta donde estaba mi madre y, sin apartarle la mano del pomo del aparador, empujó con suavidad la puerta hasta cerrarla. Luego se volvió y miró a la señorita Adela a los ojos, con aquella mirada que yo le recordaba a mi padre de antes de lo de su pierna, y esbozó una mueca que pretendía ser de fastidio.

—Vuelva usted el domingo, Adela —dijo al fin, y se metió en su cuarto para echar una siesta larga como un día de hambre.